

todo esto entrara bajo su poder único. Los lugartenientes del duque de Valentinois, al igual que los de Alejandro, comenzaban a ser demasiado poderosos, y era preciso que Borgia los heredara, si no quería ser heredado por ellos.

El duque de Valentinois pudo alcanzar que el rey de Francia le enviase trescientas lanzas para emprender una campaña contra ellos.

Por supuesto, Vitellozzo Vitelli, tan pronto como recibió la carta de César, comprendió que éste le sacrificaba al temor que Luis XII le inspiraba; pero Vitellozzo no era una de esas víctimas que se degüelle así en expiación de una falta: era un búfalo de la Romaña de esos que oponen su cornamenta al cuchillo del sacrificador; por lo demás, reciente era el ejemplo de los Varano y de los Manfredi, y, morir por morir, prefería caer con las armas en la mano.

Vitellozzo Vitelli, convocó, pues, en Maggione a todos los que el nuevo cambio de política del duque de Valentinois ponía en peligro su existencia y sus dominios: estos eran Pablo Orsini, Juan Pablo Baglioni, Hermes Bentivoglio, en representación de su padre Juan, Antonio de Venafro, enviado de Pandolfo Petrucci, Oliverotto da Fermo y el duque de Urbino; los seis primeros estaban expuestos a perderlo todo, y el último ya nada poseía.

Los confederados firmaron una liga entre sí, por la que se comprometían a resistir contra César, ya intentase éste batirlos parcialmente, o los atacara a todos juntos.

El duque de Valentinois se enteró de esta liga por los primeros resultados que produjo: el duque de Urbino, al que sus súbditos querían entrañablemente, se había presentado con algunas tropas ante la fortaleza de San Leo, que se le rindió, y, siguiendo este ejemplo, ciudades y fortalezas, en menos de ocho días, encontré el duque de Urbino nuevamente en poder de todo el ducado.

Al mismo tiempo, cada uno de los confederados proclamó abiertamente su rebelión contra el enemigo común y tomó una actitud hostil.

César se hallaba en Imola, donde esperaba las tropas francesas, pero casi sin soldados; tanto que, si Bentivoglio, en cuyo poder estaba una parte de la comarca, y el duque de Urbino, que había reconquistado nuevamente la otra parte, hubieran marchado contra él, probablemente

le hubieran hecho prisionero o lo habrían obligado a fugarse y salir de la Romaña; tanto más cuanto que los dos hombres con quienes contaba, don Hugo de Cardona, que se hallaba a su servicio desde la toma de Capua, y Michelotto, que no había seguido bien sus instrucciones, se encontraron repentinamente separados de él. En efecto, hábales dado orden de que se replegaran hacia Rímini, llevándole los doscientos jinetes de caballería ligera y los quinientos infantes que mandaban; pero, como ignoraban la gravedad de su situación, en el momento en que intentaban apoderarse por sorpresa de la Pérgola y de Fossombrone, fueron cercados por Gravina, Orsini y Vitellozzo; Hugo de Cardona y Michelotto se defendieron bravamente; pero, a pesar de sus esfuerzos, su escasa tropa fué hecha pedazos. Hugo de Cardona cayó prisionero y Michelotto se libró haciéndose pasar por muerto, escapándose, cuando cerró la noche, hacia Fano.

No se atrevieron a intentar ningún movimiento los confederados contra el duque de Valentinois, no obstante hallarse éste casi sin tropas en Imola, ya por el miedo que les inspiraba personalmente, ya porque en él respetasen al amigo del rey de Francia; de modo que se limitaron a apoderarse de los pueblos y fortalezas de los alrededores. Las fortalezas de Fossombrone, Urbino, Cagli y Agobbio habían caído nuevamente en poder de Vitellozzo; Fano y toda su provincia había sido reconquistada por Orsini y Gravina; y, finalmente, Juan María de Varano, el mismo que, gracias a su ausencia, se había librado de la matanza de toda su familia, se hallaba nuevamente en Camerino, llevado en triunfo por su pueblo.

Sin embargo, nada de esto logró destruir la confianza que César tenía en su fortuna, y mientras que por otro lado apresuraba la llegada de las tropas francesas, y ofrecía tomar a sueldo a todos aquellos pequeños gentiles-hombres a quienes llamaban «lanzas rotas», porque recorrían la comarca con sólo cinco o seis jinetes, sólo enganchándose al servicio del que los necesitara, tenía entabladas negociaciones con sus enemigos, en la seguridad de que si conseguía llevarlos a una conferencia, estaban perdidos, pues César había recibido del Cielo el don fatal de la persuasión; de modo que, por prevenido que se estuviera de su doblez, era imposible resistir, no ya su elocuencia,

sino aquel aire de franca e ingenua sencillez que tan bien sabía tomar y que era la admiración de Maquiavelo, el cual, a pesar de su sagacidad, dejóse engañar por él. Para animar a Pablo Orsini a que fuera a tratar a Imola, envió a los confederados, en calidad de rehenes, al cardenal Borgia, de modo que Pablo Orsini ya no titubeó más y se presentó en Imola el 25 de octubre de 1502.

César lo recibió como a un antiguo amigo, del que por discusiones insignificantes y de momento se ha estado separado algunos días; confesó con franqueza que toda la culpa era suya, puesto que se había enajenado la amistad de hombres que eran a la vez tan leales señores y tan bravos capitanes; pero que entre gentes de su clase debía bastar una explicación franca y leal como la que él daba, para volver las cosas al estado en que antes se encontraban.

Entonces, para demostrar que no era el miedo, sino la buena voluntad, lo que de nuevo le traía a ellos, mostró a Orsini las cartas en las que el cardenal d'Amboise le anunciaba la próxima llegada de las tropas francesas, enseñándole, además, las que tenía reunidas a su alrededor, pues deseaba que estuvieran muy convencidos de que lo que mayormente lamentaba él en todo aquello, no era el haber perdido el concurso de tan distinguidos capitanes, que eran el alma de su vasta empresa, sino el haber dado lugar a creer, ni por un momento, que había desconocido el mérito de ellos; por consiguiente, confiaba que él, Pablo Orsini, al cual siempre había querido más que a los otros, procuraría traer a los confederados a una paz que sería tan provechosa a todos como la guerra habría de ser perjudicial a cada uno, pues se hallaba dispuesto a firmar con ellos cualquier arreglo que no lesionara su honor.

Pablo Orsini era el hombre que César necesitaba; lleno de orgullo y de confianza en sí mismo, habíase convencido de aquel proverbio que dice: «Un papa no puede reinar ocho días, si los Orsini y los Colonna están al mismo tiempo en contra suya». Creyó, pues, si no en la buena fe de César, por lo menos en que necesitaba volver a ellos; en consecuencia, y salvo ratificación, firmó con él, el 18 de octubre de 1502, el acuerdo siguiente, que reproducimos tal como fué enviado por Maquiavelo a la República de Florencia:

*«Acuerdo entre el duque de Valentinois y los confederados.»*

«Conste para las partes abajo mencionadas, y para todos cuantos el presente vieren, que Su Excelencia el duque de Romaña, de una parte, y de la otra los Orsini, en unión de sus confederados, deseando poner fin a las cuestiones, enemistades y desinteligencias existentes entre ellos, han resuelto lo siguiente:

«Entre ellos habrá verdadera y perpetua paz, así como alianza con pleno olvido de las sinrazones e injurias que hasta hoy pueden haber existido, prometiéndose recíprocamente no guardar por ellas resentimiento alguno; y de conformidad con la paz y unión expresadas, Su Excelencia el duque de Romaña recibe en sus confederaciones, ligas y alianzas perpetuas a todos los señores precitados; prometiéndolos defender los Estados de todos en general y en particular el de cada uno, contra toda potencia que quisiera inquietarlos o atacarlos, cualquiera que fuese la causa, exceptuando siempre, no obstante, a Su Santidad Alejandro VI y a Su Majestad Cristianísima Luis XII rey de Francia, prometiéndolo, por otra parte, y en igual forma, los señores antes nombrados, concurrir a la defensa de los Estados de Su Excelencia, así como a la de los ilustrísimos señores don Godofredo Borgia, príncipe de Esquilache, don Rodrigo Borgia, duque de Sermoneta y de Biseglia, y don Juan Borgia, duque de Camerino y de Nepi, los cuales son todos hermanos o sobrinos de Su Excelencia el duque de Romaña.

«Además, como la rebelión e invasión de los ducados de Urbino y de Camerino han tenido lugar durante las antedichas desinteligencias, los confederados en general, y cada uno de ellos en particular, se obligan a concurrir con todas sus fuerzas para recobrar los dichos Estados y otras plazas y pueblos rebelados e invadidos.

«Por su parte, el duque de Romaña se obliga a continuar, y en iguales condiciones, con los Orsini y los Vitelli, sus antiguos contratos de servicio militar.

«Promete, además, obligar sólo a uno, que ellos mismos se elegirán para servirle en persona; el servicio que los demás puedan hacer, será voluntario.

»Asimismo se obliga a hacer ratificar el tratado por el papa, el cual no podrá obligar al cardenal Orsini a que resida en Roma, salvo que así convenga a dicho prelado.

»Además, como entre el papa y el señor Juan Bentivoglio existen algunas diferencias, los dichos confederados están de acuerdo en someterse al arbitraje sin apelación del cardenal Orsini, de Su Excelencia el duque de Romaña y del señor Pandolfo Petrucci.

»Asimismo, todos y cada uno de ellos, los confederados se obligan a entregar en sus manos, como rehenes, uno de sus legítimos hijos en el lugar y tiempo que le plazca indicar.

»A más de esto, los confederados, en caso de que algún proyecto tramado contra uno de ellos llegara a su conocimiento, prometen advertir al interesado y avisarse mutuamente.

»Queda, además, convenido entre el duque de Romaña y los dichos confederados, considerar como enemigo común a cualquiera que infringiere este acuerdo, y concurrir todos a la ruina de los Estados que no se mostrasen conformes con él.

»Firmado.—CÉSAR.—PABLO ORSINI.—AGAPITO, secretario.»

Al mismo tiempo que Orsini comunicaba a sus confederados el acuerdo que entre él y el duque de Valentinois había sido convenido, Bentivoglio, no queriendo someterse al arbitraje indicado, ofrecía a César terminar sus diferencias por un tratado particular, a cuyo efecto enviábale su hijo para redactar las condiciones. Después de algunos preliminares, fueron acordadas las siguientes:

1.<sup>a</sup> Bentivoglio, se separaría de la fortuna de los Vitelli y de los Orsini;

2.<sup>a</sup> Por espacio de ocho años, habría de proporcionar al duque de Valentinois cien hombres de armas y cien ballesteros a caballo; y

3.<sup>a</sup> Anualmente pagaría doce mil ducados a César para el sostenimiento de cien lanzas.

Mediante lo cual, su hijo Anibal se casaría con la hermana del obispo de Enna, que era a la vez sobrina de César, y el papa reconocería su soberanía sobre Bolonia.

El tratado debería ser garantizado por Luis XII, el duque de Ferrara y la República de Florencia.

Entretanto, el acuerdo que Orsini llevó a los confederados tropezaba con serias dificultades; Vitellozzo Vitelli, sobre todo, que era el que mejor conocía al duque de Valentinois, no cesaba de repetir a los demás *condottieri*, que esta paz se había hecho muy rápidamente y con demasiada facilidad para que no ocultara alguna trampa; pero, como César había reunido durante este tiempo un considerable ejército en Imola y ya por fin le había llegado las cuatrocientas lanzas que le prestaba Luis XII, Vitellozzo y Oliverotto decidiéronse a firmar el tratado que les llevó Orsini, y a hacerlo comunicar al duque de Urbino y al señor de Camerino, los cuales, comprendiendo lo imposible que en lo sucesivo les sería defenderse solos, retiráronse el uno a Cittá di Castello y el otro al reino de Nápoles.

César, sin decir nada a nadie de lo que pensaba hacer, se puso en marcha el 10 de diciembre, dirigiéndose, con el ejército que había reunido, hacia Ceseno. El espanto cundió en seguida por todas partes, no sólo en Romaña, sino en toda la Italia septentrional. Florencia, que lo veía alejarse de ella, temía que el objeto de esa marcha no fuera más que para disfrazar su intención; y Venecia, que le veía aproximarse a sus fronteras, envió todas sus tropas a las orillas del Po.

César se dió cuenta de ese temor, y como eso podía perjudicar a sus proyectos inspirando desconfianza, cuando llegó a Ceseno licenció a todos los franceses que tenía a su servicio, exceptuando cien hombres de armas que estaban bajo las órdenes de su cuñado el señor de Candale, de suerte que se quedó solamente con dos mil hombres de caballería y diez mil de infantería.

Transcurrieron algunos días en negociaciones, porque César Borgia encontró en aquella plaza los enviados de los Vitelli y de los Orsini, los cuales, al frente de sus respectivos ejércitos, se encontraban en el ducado de Urbino; pero, desde las primeras discusiones sobre la marcha que debía seguirse en la continuación de la conquista, surgieron tales dificultades entre el general en jefe y estos agentes, que acabaron por comprender la imposibilidad de decidir cosa alguna por medio de intermediarios, y que era

urgente una conferencia entre el duque de Valentinois y uno de los jefes.

En consecuencia, Oliverotto da Fermo se atrevió y fué a ver a César para proponerle la marcha contra Toscana o apoderarse de Sinigaglia, que era la última plaza del ducado de Urbino que no había caído en poder de César, a lo que el duque de Valentinois contestó que no quería llevar la guerra a Toscana, por ser amigos suyos los toscanos, pero que aprobaba el proyecto de su lugarteniente respecto a Sinigaglia.

Y se dirigió hacia Fano.

En esto, la hija de Federico, el anterior duque de Urbino, que mandaba en Sinigaglia y a la que apellidaban *la Prefecta*, por haberse casado con Juan de la Rovère, al cual su tío Sixto IV nombró prefecto de Roma, juzgando que le sería imposible defenderse contra el ejército que César llevaba consigo, dejó la ciudadela en manos de un capitán, al cual recomendó que obtuviera para la ciudad las mejores condiciones posibles, y se embarcó para Venecia.

En Rimini recibió César esta noticia por un mensajero de Vitellozzo y de los Orsini, el cual le anunció que el gobernador de la ciudadela, que se había negado a entregársela a ellos, se hallaba dispuesto a entrar en negociaciones con él; por consiguiente, le suplicaban se dirigiera a dicha ciudad para terminar el asunto. César les contestó que, en vista de su opinión, enviaba a Ceseno e Imola una parte de sus tropas, que no le hacían falta, puesto que tenía las de ellos, las cuales, unidas a la escolta que conservaba, eran más que suficientes, puesto que su único objeto era solamente llevar a cabo la completa pacificación, pacificación que resultaría imposible si sus antiguos amigos continuaban desconfiando de él, hasta el punto de discutir por medio de agentes los planes en que estaba interesada la fortuna de ellos, tanto como la suya.

El mensajero regresó con esta respuesta para los confederados, los cuales, aunque comprendiendo lo atinado de la observación de César, no por eso dejaron de vacilar si harían lo que pedía; sobre todo, mostraba tal desconfianza Vitellozzo Vitelli hacia César, que nadie podía vencerla; pero, por fin, apremiado por Oliverotto, Gravina y Orsini, consintió en esperar al duque, más bien por no

parecer a sus compañeros más temeroso que lo que ellos estaban, que por efecto de la confianza que le merecía la renovación de la amistad que les manifestaba Borgia.

El duque se enteró de esta decisión, por él tan deseada, al llegar a Fano, el 20 de diciembre de 1502. En seguida, llamó a ocho de sus más fieles amigos, entre los que se hallaban el señor de Enna, su sobrino, Michelotto y Hugo de Cardona, ordenándoles que en cuanto llegaran a Sinigaglia y viesan a Oliverotto, Gravina, Vitellozzo y Orsini salirle al encuentro, procurasen, para hacerles los honores, colocarse a derecha e izquierda de cada uno de ellos, de modo que, a una señal convenida, pudieran prenderlos o matarlos a puñaladas; después designó a cada uno de ellos la persona a que debía dedicarse, recomendándoles que permanecieran al lado de su presa hasta que él entrara en Sinigaglia y llegase al alojamiento que se le tenía preparado; luego, enviando órdenes a los soldados de su ejército que se hallaban acantonados en los alrededores, les comunicó que deberían concentrarse en número de ocho mil en las orillas del Metauro, pequeño río de la Umbría que desemboca en el mar Adriático y ha ilustrado la derrota de Asdrúbal.

El 31 de diciembre, César llegó al punto de cita dado a su ejército, e hizo partir en seguida delante de él doscientos hombres de caballería a los que siguió la infantería, y luego emprendió su viaje en medio de sus hombres de armas, siguiendo las orillas del Adriático y teniendo a su derecha las montañas y el mar a su izquierda, por sitios tan estrechos que a veces el ejército sólo podía pasar de diez en fondo.

Al cabo de cuatro horas de marcha, el duque, en una revuelta del camino, vió ya a Sinigaglia, situada aproximadamente a una milla de mar y a un tiro de ballesta de las montañas; entre el ejército y la ciudad corría un pequeño río, cuyas orillas fué necesario costear algún tiempo, bajándolas; por último, frente a un arrabal de la ciudad, encontró tendido un puente, y César ordenó hacer alto a su caballería: ésta se formó en dos filas, una entre el camino y el río y la otra bordeando el campo, dejando todo el ancho del camino a la infantería, la cual desfiló, pasó el puente y fué a formarse en orden de batalla en la plaza Mayor de la ciudad.

Con objeto de dejar sitio al ejército del duque, Vitellozzo, Gravina y Oliverotto, por su parte, habían acantonado sus tropas en las aldeas o pueblos de los alrededores de Sinigaglia. Oliverotto era el único que había dejado allí unos mil infantes y como ciento cincuenta jinetes, los cuales estaban acuartelados en el arrabal por donde entraba el duque.

Así que César avanzó algunos pasos hacia la ciudad, vió en la puerta a Vitellozzo, al duque de Gravina y a Orsini que salían a su encuentro; estos dos últimos bastante alegres y confiados, pero el primero, tan triste y abatido, que hubiérase dicho que adivinaba la suerte que le estaba reservada; y sin duda había tenido algunos presentimientos de ella, porque, al separarse de sus tropas para ir a Sinigaglia, habíase despedido de ellas como si no pensara verlas ya más, y besó a sus hijos vertiendo lágrimas, debilidad que extrañó a todos por tratarse de tan bravo *condottiere*.

César Borgia se dirigió hacia ellos y les tendió la mano en señal de olvido y con aire tan leal y tan risueño que Gravina y Orsini creyeron firmemente en su amistad, y sólo Vitellozzo Vitelli continuó con su mismo aire triste.

En el mismo instante, y conforme les había sido indicado, los fieles servidores del duque se situaron a derecha e izquierda de aquellos a quienes debían vigilar, los cuales estaban allí excepto Oliverotto, al que el duque echaba de menos, buscándolo con la vista no sin cierta inquietud; pero, al cruzar por el arrabal, notó que dirigía el ejercicio de sus tropas en la plaza. En seguida le envió a don Miguel y al señor de Enna con el encargo de decirle que era imprudente hacer salir así a sus tropas, pues podían disputarse con las del duque y provocar una riña, por lo que era mejor que las acuartelase y fuese a unirse con sus compañeros que estaban al lado de César. Oliverotto, cuyo destino lo arrastraba con los otros, no opuso ninguna objeción, ordenó a sus soldados que entraran en sus alojamientos, y marchó al galope, entre el señor de Enna y Michelotto, a reunirse con César. Este, desde que lo vió, lo llamó, le tendió la mano y continuó su camino hacia el palacio que le estaba destinado, seguido por sus cuatro víctimas.

Cuando llegó al umbral, César echó pie a tierra, y después de indicar por señas al jefe de sus hombres de armas

que aguardara sus órdenes, entró el primero, seguido por Oliverotto, Gravina, Vitellozzo Vitelli y Orsini, a cuyo lado marchaban siempre sus dos acólitos; pero, apenas subieron la escalera, y entraron en la primera habitación, cerróse la puerta tras ellos, y César se volvió, diciendo: «¡Llegó la hora!»

Era la señal convenida de antemano. Inmediatamente cada uno de los antiguos confederados fué derribado al suelo, y, con el puñal en la garganta, obligado a entregar sus armas.

Al mismo tiempo, y mientras eran conducidos a un calabozo, César abrió el balcón y al asomarse gritó al jefe de sus hombres de armas: «¡En marcha!» El jefe, que ya estaba avisado, se dirigió con su tropa hacia los cuarteles donde estaban retenidos los soldados de Oliverotto, y éstos, sorprendidos de improviso, fueron hechos prisioneros; la tropa del duque entregóse luego al saqueo de la ciudad, y él hizo llamar a Maquiavelo.

César y el enviado de Florencia estuvieron juntos cerca de dos horas, y como el mismo Maquiavelo ha hecho el relato de esta entrevista, nos limitaremos a transcribirlo:

«Me mandó llamar, dice el legado florentino, y me testimonió, con el aire más sereno, la alegría que el éxito de esta empresa le causaba, de la cual me aseguró haberme hablado el día antes, *no obstante no comprender yo nada entonces de lo que me quería decir*; se explicó en seguida en términos muy sensatos y llenos del más vivo afecto hacia nuestra ciudad, sobre los diversos motivos que le movían a desear vuestra alianza, deseo al cual esperaba que Vuestras Señorías respondiesen, terminando por inducirme a hacer tres invitaciones a Vuestras Señorías: 1.<sup>a</sup>, Que os congratularais con él de un acontecimiento que de un solo golpe hacía que los enemigos mortales del rey, suyos y vuestros también, desaparecieran, y que destruía todos los gérmenes de perturbación y de disensiones propias para devastar a Italia; servicio que, en unión de la negativa que había dado a los presos respecto a ponerse en campaña contra vosotros, debía excitar vuestro reconocimiento hacia él. 2.<sup>a</sup>, Rogaros que le demostréis vuestra amistad en esta circunstancia, haciendo que avance vuestra caballería hacia el Borgo y juntando allí tropas de a pie, a fin de que, y según cómo se presenten las cosas, pueda marchar